



# Asamblea General

Quincuagésimo noveno período de sesiones

**96<sup>a</sup>** sesión plenaria

Lunes 9 de mayo de 2005, a las 10.00 horas  
Nueva York

*Documentos Oficiales*

*Presidente:* Sr. Jean Ping ..... (Gabón)

*Se abre la sesión a las 10.15 horas.*

## **Tema 158 del programa (continuación)**

### **Declaración por las Naciones Unidas del 8 y el 9 de mayo como Días del Recuerdo y la Reconciliación: sesión extraordinaria y solemne en memoria de todas las víctimas de la segunda guerra mundial**

**El Presidente** (*habla en francés*): Esta mañana, de conformidad con las disposiciones de la resolución 59/26 de la Asamblea General, de 22 de noviembre de 2004, la Asamblea celebrará una sesión extraordinaria y solemne en memoria de todas las víctimas de la segunda guerra mundial.

El 22 de noviembre de 2004 la Asamblea General llenó un vacío al adoptar, sin votación, la resolución 59/26, en la que se declaran el 8 y el 9 de mayo como días de conmemoración para rendir un solemne homenaje a todas las víctimas de la segunda guerra mundial, que sumió a la humanidad en el caos, la opresión y la barbarie. Hace 60 años, al fin de esa horrenda tragedia que dejó tras de sí a más de 100 millones de víctimas, la comunidad internacional, teniendo en cuenta las lecciones aprendidas de ese conflicto, decidió crear una organización mundial —las Naciones Unidas, nuestro hogar común— para preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra. La Asamblea decidió entonces celebrar oficialmente el fin de uno de los conflictos más letales de la historia de la humanidad.

Por ello, acojo con beneplácito la feliz iniciativa de los Estados Miembros que ya han celebrado este importante acontecimiento o que se aprestan a organizar diversas actividades tanto para rendir homenaje a la memoria de las víctimas como para celebrar el sexagésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas, que, como saben los Miembros, conmemoraremos durante todo el año 2005.

Considero que en este año de conmemoración es necesario recordar esa tragedia, así como los indecibles horrores y sufrimientos que causó a la humanidad, y aprender de ese pasado doloroso lecciones de esperanza que nos permitan enfrentar el futuro. Para asegurarnos de que esta conmemoración sirva tanto de recordatorio como de lección, no debemos tener temor al examen de una de las etapas más terribles de la historia de la humanidad. Sin embargo, sería un error mirar únicamente hacia el pasado y hacer caso omiso de la esperanza en un futuro mejor para las generaciones venideras.

Por consiguiente, esta conmemoración debe ser una oportunidad para reafirmar nuestro compromiso con los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas. La Asamblea General, foro democrático por excelencia en el que pueden expresarse libremente todos sus Miembros, debe reafirmar su compromiso con el rechazo de la guerra como medio de solucionar las controversias entre las naciones. Ese compromiso adquiere hoy una importancia fundamental, pues

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-154A. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.



millones de personas en todo el mundo padecen aún debido al flagelo de los conflictos armados.

Por ello la conmemoración oficial del fin de la segunda guerra mundial debe ser una ocasión para que todos sigamos reflexionando constantemente sobre la importancia de los valores simples, pero esenciales, del diálogo y la tolerancia entre las mujeres, los hombres y los pueblos de todos los países, de todas las regiones y de todos los continentes.

Tiene ahora la palabra la Vicesecretaria General.

**La Vicesecretaria General** (*habla en inglés*): Resulta totalmente apropiado el hecho de que la Asamblea General conmemore con la debida solemnidad el fin de la segunda guerra mundial en Europa. Como nos lo recuerdan las palabras introductorias de la Carta, la segunda guerra mundial causó indecibles sufrimientos a la humanidad. El flagelo de la guerra, tan persistente en la historia de la humanidad, alcanzó niveles sin precedentes en la mecanización del asesinato de millones de hombres, mujeres y niños y en la propagación de la destrucción a casi todo el mundo. Nadie se salvó de la caída en el abismo.

Cuando llegó el fin de la guerra, tan esperado, se desencadenaron múltiples sentimientos: la alegría se mezcló con el luto; el festejo dio paso a la reflexión. Algunos sobrevivientes consideraron que su liberación del miedo y la opresión era la prueba de que había tenido lugar un milagro. Otros declararon que la propia fe se había perdido para siempre.

Se emprendió con renovado vigor el trabajo de reconstrucción de vidas y familias, así como de sociedades y ciudades. Lo mismo ocurrió con la tarea de reconstituir la trama de las relaciones internacionales. Cuando se vio cerca el fin de la guerra, los delegados se reunieron en San Francisco para redactar el proyecto de esta Carta, que es el fundamento de la Organización. Mientras llevaban a cabo su tarea, una rápida sucesión de acontecimientos —la liberación de los campos de la muerte, el avance de los ejércitos aliados, la caída del régimen nazi— dio lugar a nueva esperanza para un mundo extenuado por años de conflicto.

Cuando cayó el fascismo, surgieron las Naciones Unidas. Cuando las cenizas se asentaron y el polvo se disipó, entre los renovados rasgos del paisaje se erigía una nueva organización, concebida para gestionar mejor los asuntos del mundo y, sobre todo, para ayudar a evitar que vuelvan a repetirse tales catástrofes.

El poeta ruso Leonid Leonov resumió el resultado de la segunda guerra mundial con las siguientes palabras: “Hemos defendido no sólo nuestras vidas y nuestra propiedad, sino también el propio concepto de ser humano”. Esa es la tarea más importante que hoy sigue planteándonos un desafío: defender el concepto de humanidad. En consecuencia, cuando hoy miramos hacia atrás para rendir homenaje a la memoria de los muertos y rendir tributo a los héroes —soldados y ciudadanos— que a fin de cuentas vencieron la tiranía, miremos también hacia adelante y reafirmemos nuestro compromiso con el objetivo de construir un mundo adecuado para la humanidad. Ese es el mejor homenaje que podemos rendir a los millones de personas que perecieron en la segunda guerra mundial.

Nuestra labor nunca estará terminada. No nos han vencido sencillamente porque nunca hemos dejado de luchar. Esa es la labor de las Naciones Unidas y el motivo por el que estamos hoy aquí. Asegurémonos de que todos seguiremos consagrados a esa misión común.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el representante de la Federación de Rusia.

**Sr. Denisov** (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Tengo el honor de intervenir en nombre de las delegaciones de Azerbaiyán, Armenia, Belarús, Georgia, Kazajstán, Kirguistán, la República de Moldova, la Federación de Rusia, Tayikistán, Turkmenistán, Ucrania y Uzbekistán.

En 2005 todo el mundo civilizado celebra el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial. Esa guerra, de una magnitud y crueldad sin precedentes, se convirtió en la mayor tragedia para las naciones de Europa y del resto del mundo, independientemente del bando en el que estuvieran combatiendo los Estados. En muchos países, cada familia y cada destino humano se vieron afectados por las consecuencias de la guerra. Para nosotros, fue la Gran Guerra Patriótica: una guerra sagrada contra la esclavitud, por la vida y la independencia de nuestros pueblos.

Nos enorgullece que los ciudadanos de nuestros países contribuyeran de manera decisiva a vencer al enemigo y a salvar a la humanidad de la esclavitud nazi. Rendimos homenaje a todos los Estados de la coalición contra Hitler por el papel tan importante que desempeñaron en la derrota del fascismo. Decenas de millones de ciudadanos dieron la vida por esa victoria.

Hoy hacemos una reverencia a quienes murieron en los campos de batalla, en los campos de la muerte, en las ciudades y en los pueblos. Todos estamos eternamente en deuda con quienes perecieron en la justa lucha por la libertad y la dignidad humana. Rendimos un gran homenaje a los veteranos de la segunda guerra mundial.

Estamos convencidos de que el desarrollo de la humanidad no debe ir acompañado de las vicisitudes y las víctimas que provocarían nuevas guerras. Nuestro primer deber para con quienes derramaron su sangre por salvar a la humanidad del nazismo es, ante todo, erigir una barrera infranqueable para detener la propagación de la intolerancia y otras formas contemporáneas semejantes de racismo, discriminación racial y xenofobia.

La percepción de la victoria en la segunda guerra mundial como valor común para toda la humanidad nos permite dejar atrás la era de la animosidad y la alienación. Esto es muy importante tanto para preservar la memoria histórica de las naciones como para fortalecer la unidad de la humanidad ante las amenazas y los retos peligrosos que vayan surgiendo. La lección principal de la guerra es que, en un momento decisivo para el destino de la humanidad, varios Estados con sistemas políticos diferentes lograron dejar de lado sus diferencias y aunar esfuerzos para luchar contra un enemigo común.

La experiencia que tuvieron los compañeros de armas internacionales durante los años de la guerra resulta particularmente pertinente ahora que el mundo civilizado afronta otro reto letal, esta vez procedente del terrorismo internacional. Sólo mediante la unidad, el respeto mutuo y la confianza y sobre una base jurídica sólida podremos vencer en la lucha contra ese mal y otras amenazas mundiales.

Las lecciones de la segunda guerra mundial son igualmente pertinentes para conformar un orden mundial posterior a la guerra y para el futuro de las relaciones internacionales. El deseo de salvar a la humanidad del flagelo de la guerra inspiró a los países de la coalición contra Hitler a crear un mecanismo fiable para mantener la paz y la seguridad internacionales: las Naciones Unidas. Su Carta se ha convertido en un fundamento universalmente reconocido del derecho internacional contemporáneo y un código de conducta fundamental para los Estados y las organizaciones internacionales. Los principios y las normas de la Carta, que

resistieron ante las vicisitudes de la guerra fría, siguen siendo la única base para el establecimiento de un orden mundial nuevo, más seguro y justo.

Redunda en interés general de toda la humanidad fortalecer la función y la eficiencia de las Naciones Unidas como elemento clave del sistema de seguridad colectivo para lograr el noble objetivo de la Carta de preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante de Luxemburgo, quien interviendrá en nombre de la Unión Europea.

**Sr. Hoscheit** (Luxemburgo) (*habla en francés*): Tengo el honor de hablar en nombre de la Unión Europea. Se suman a la presente declaración Bulgaria y Rumania, países adherentes; Croacia y Turquía, países candidatos; Albania, Serbia y Montenegro y la ex República Yugoslava de Macedonia, países del Proceso de Estabilización y Asociación y candidatos potenciales; e Islandia y Noruega, países de la Asociación Europea de Libre Comercio y miembros del Espacio Económico Europeo.

Hace 60 años que en Europa se acallaron los cañones, anunciando el fin del conflicto más terrible y más cruento que la humanidad haya conocido jamás. Millones de hombres, mujeres y niños, ciudadanos de muchas naciones, se vieron hostigados y abatidos por la espantosa maquinaria de la guerra. Hace apenas unas semanas nos reunimos en este mismo Salón para conmemorar la liberación de los campos nazis y recordar a las innumerables víctimas de esas fábricas de la muerte. Entonces, como hoy, la comunidad internacional se reunió en este lugar simbólico para decir “no” a las ideologías del odio, la intolerancia, el racismo, el antisemitismo, la xenofobia, la conquista y la dominación que provocaron esta conflagración mundial “que infligió a la Humanidad sufrimientos indecibles”, como se indica de manera tan elocuente en la resolución 49/25, aprobada por la Asamblea General para conmemorar el quincuagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial.

Los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, que trastornó profundamente la vida de muchos pueblos y de millones de personas —una auténtica situación límite para la civilización humana— no pueden considerarse meramente una evocación de carácter histórico; esos recuerdos deben ser un llamamiento enérgico y constante dirigido a toda la humanidad para

que supere los antagonismos destructivos y movilice sus energías con miras a aprovechar sus recursos espirituales, morales, intelectuales y físicos para poner fin al flagelo de la guerra y a todas las violaciones de la dignidad humana.

En ese contexto, el deber de no olvidar nos compele a recordar con respeto a todas las víctimas inocentes de la guerra y de sus secuelas, dado que, como se recuerda de manera sumamente noble en el preámbulo de la Declaración Universal de Derechos Humanos,

“la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana.”  
(*resolución 217 (III) A*)

Por lo tanto, esta conmemoración de hoy es una ocasión para recordar de nuevo los valores fundamentales que rigieron la creación de las Naciones Unidas, este patrimonio de valor incalculable que compartimos, cuya Carta incorpora y expone las principales enseñanzas. En momentos en que la comunidad internacional debate con seriedad sobre los medios que permitan a nuestra Organización afrontar mejor los múltiples desafíos de nuestra época, debemos seguir guiándonos por esa poderosa inspiración.

En efecto, desde el fin de la segunda guerra mundial ha sido y sigue siendo indispensable esforzarse constantemente para poner fin a las violaciones de los derechos humanos y a la falta de respeto de la democracia. Garantizar una vida digna para todos continúa siendo una misión ineludible para la comunidad internacional. Si asumimos de manera creativa y dinámica esos desafíos podremos considerarnos dignos del patrimonio que nos ha sido legado y aprenderemos plenamente las lecciones de esa terrible guerra que desgarró a toda la humanidad: la segunda guerra mundial.

En este sentido, recordemos las palabras conmovedoras del primer Presidente de la Asamblea General, el eminente político europeo Paul-Henri Spaak, quien, el 11 de enero de 1946, declaró en su discurso de investidura:

“Durante largos años millones de seres humanos han luchado, sufrido, padecido y aceptado la prueba y los sacrificios. Hoy piden su recompensa. Esta recompensa es la paz; una paz justa, una paz duradera. Tenemos que dársela.” (*Documentos Oficiales de la Asamblea General, primer*

*período de sesiones, segunda sesión plenaria, pág. 27*)

Hoy más que nunca, las Naciones Unidas y los principios consagrados en la Carta son los fundamentos mismos del mantenimiento de la seguridad y la paz, del desarrollo y de la garantía de los derechos fundamentales del ser humano.

El 9 de mayo es también el Día de Europa. Al final de la guerra, un grupo de eminentes personalidades europeas decidió, de manera intencionada y visionaria, cambiar el curso funesto de la historia europea que había desembocado en dos enfrentamientos destructivos en menos de 30 años, e iniciar un proyecto de paz y de prosperidad que se convertiría en la Unión Europea. Las lecciones aprendidas de la segunda guerra mundial se enunciaron claramente en el preámbulo del tratado que constituyó la base de la futura Unión Europea, anunciado el 9 de mayo de 1950 por el estadista Robert Schuman en su famosa declaración, preámbulo en el que se indica la voluntad de los Estados europeos de emprender una reconciliación verdadera y profunda y

“de sustituir las rivalidades seculares por una fusión de sus intereses esenciales; de establecer, mediante la creación de una comunidad económica, los primeros cimientos de una comunidad más amplia y profunda entre pueblos durante tanto tiempo enfrentados por divisiones sangrientas; y de sentar las bases de instituciones capaces de orientar hacia un destino en adelante compartido”.

Es esa inspiración la que fundamenta y orienta hasta nuestros días a la Unión Europea en su participación en los asuntos del mundo y en sus acciones y políticas. Al profundizar su integración y ampliarse progresivamente, la Unión Europea supera las divisiones del continente y contribuye a consolidar la estabilidad y la paz en una región del mundo que ha estado durante demasiado tiempo marcada por el flagelo de la guerra.

Esta conmemoración nos ofrece la oportunidad de reverenciar la memoria de las innumerables víctimas inocentes y de reflexionar sobre las enseñanzas de un acontecimiento que traumatizó profundamente a Europa y al mundo. También nos brinda la oportunidad de reafirmar solemnemente los valores fundamentales sobre los cuales reposa nuestra acción común en el seno de unas Naciones Unidas renovadas al servicio de sus pueblos. Ese es nuestro deber; ese es nuestro compromiso.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al Ministro de Relaciones Exteriores de Polonia, Sr. Adam Daniel Rotfeld.

**Sr. Rotfeld** (Polonia) (*habla en inglés*): Difícilmente puede haber una causa más noble para que nos reunamos en este Salón que esta sesión conmemorativa. Habría que encomiar al iniciador —la delegación de la Federación de Rusia— por haber tomado la iniciativa en ese sentido.

En el sexagésimo aniversario del fin de la guerra más espantosa de la historia de la humanidad, estamos recordando lo que sucedió entre septiembre de 1939 y mayo de 1945. Tenemos dos motivos para ello: conmemorar a los numerosos millones de víctimas de la segunda guerra mundial, recordar las atrocidades y la destrucción aterradoras que causó esa guerra y preguntarnos si ese capítulo de la historia quedó completamente cerrado para todos en mayo de 1945.

Comparezco ante la Asamblea como representante de una nación que perdió a más de seis millones de ciudadanos, entre ellos más de tres millones de judíos y polacos de ascendencia judía. Mediante una decisión adoptada por las grandes Potencias en las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam, el territorio de Polonia fue desplazado hacia el oeste. La población de Polonia pasó de 35 millones en 1939 a 24 millones en 1945; el territorio del país se redujo en un 20%. Perdimos el 40% de nuestros activos nacionales, y muchas ciudades y aldeas quedaron completamente destruidas, incluida Varsovia, la capital de mi país.

Esas no son más que frías estadísticas. Esconden la tragedia indecible de millones de seres humanos. Hablo como alguien que siendo niño presencié y aún recuerda las máximas crueldades. Durante la guerra, los nazis asesinaron a mis padres y a toda mi familia. Lo digo porque, en Polonia, la suerte que corrí durante la guerra era común. Fue compartida por millones de personas; de hecho, por toda la sociedad polaca. Así que cuando hoy me inclino ante quienes derrotaron al Tercer Reich nazi, no se trata de un gesto vacío, sino de la expresión del reconocimiento de que la victoria salvó millones de vidas humanas.

Millones de jóvenes polacos y rusos, ucranianos y belarusos, británicos y estadounidenses dieron la vida para que las naciones pudieran vivir en paz, seguridad y respeto de los derechos humanos. Para conmemorar ese día, los dirigentes de nuestros Estados se reúnen hoy en Moscú. Están rindiendo homenaje a los

millones de soldados y civiles que fallecieron. Hace dos días rendimos ese mismo homenaje en este Salón, con la maravillosa música de la Sinfonía de Leningrado de Dmitry Shostakovich.

La segunda guerra mundial causó terribles sufrimientos a numerosas naciones. Para los polacos, comenzó el 1° de septiembre de 1939, cuando fuimos atacados a traición por el oeste y por el sur por la Alemania nazi; dos semanas después, el 17 de septiembre, la Unión Soviética estalinista llevó a cabo la agresión por el este. Esa invasión supuso la realización de una conspiración infame conocida como el Pacto Ribbentrop-Molotov, que había sido firmado en Moscú el 23 de agosto, una semana antes del ataque alemán. Fue el período más trágico de la historia del Estado de Polonia. Esa conspiración causó incalculables pérdidas humanas y materiales.

La lista de crímenes nazis es larga y aterradora. El régimen de Hitler dio lugar a lo nunca visto, incluso en la peor de las pesadillas. El genocidio y el Holocausto marcaron la historia del siglo XX. Los nombres de los campos —Auschwitz-Birkenau, Belzec, Chelmno en el río Ner, Majdanek, Sobibor, Treblinka, Dachau— siempre nos recordarán el lado más oscuro de la naturaleza humana. Los crímenes del estalinismo también fueron horribles. Para los polacos, su ejemplo más espeluznante fue el asesinato de 22.000 oficiales polacos, prisioneros de guerra cuyas cenizas reposan en los cementerios de Katyn, Miednoye y Kharkov.

A veces se nos dice que la conspiración criminal de las dos dictaduras —la de Stalin y la de Hitler— era legítima de acuerdo con el derecho internacional de la época y, además, que constituía una defensa justificada o incluso esencial en vista del Acuerdo de Munich concertado en septiembre de 1938 entre la Alemania nazi, Italia, el Reino Unido y Francia. Ese tratado fue concebido para canalizar la agresión alemana hacia el este. Ciertamente, fue un acuerdo vergonzoso concebido para aplacar al agresor a expensas de Checoslovaquia. El Acuerdo de Munich ha encontrado un lugar destacado en los diccionarios de derecho internacional y de relaciones internacionales como ejemplo de un tratado injusto impuesto a un tercero en contra de su voluntad. Debería señalarse aquí que todos sus signatarios acabaron por reconocer —durante la guerra o posteriormente— que, desde el principio, ese acuerdo carecía de validez.

Sería muy conveniente que, 60 años después de la guerra y 66 años después de la firma del Pacto

Ribbentrop-Molotov, todos pudiéramos convenir en que el Pacto era contrario al derecho y a la justicia y reconocieramos que todas sus consecuencias desde el principio carecían de validez. Todo intento por defender el Pacto Ribbentrop-Molotov constituiría una combinación asombrosa de ignorancia jurídica y de arrogancia política.

Nuestra Organización nació como fruto de nuestra experiencia de la guerra. Frecuentemente repetimos las primeras palabras del preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas: “Nosotros los pueblos de las Naciones Unidas resueltos a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles”. Recordamos que el propósito de las Naciones Unidas fue “reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas”. Otro objetivo que se define en la Carta fue “crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto de las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional”.

Cito esas palabras del preámbulo muy conocidas y frecuentemente repetidas porque hace 60 años, cuando se redactó la Carta, parecía que entrábamos en un nuevo mundo de respeto del derecho, la justicia y la dignidad humana. Para las naciones que fueron liberadas por los ejércitos de los miembros democráticos de la coalición contra el nazismo —es decir, para Francia y la parte occidental de Alemania, para Noruega y Grecia, para Bélgica, Holanda, Dinamarca, Austria e Italia— esa promesa se convirtió en realidad. Lamentablemente, el destino no fue tan generoso con Polonia y otros Estados de Europa central y sudoriental. El fin de la guerra y la caída del Tercer Reich no aportó a los polacos la plena soberanía y la independencia por las que luchaban. Las decisiones de Yalta de 1945, adoptadas por las tres principales Potencias de la coalición antinazi sin tener en cuenta la voluntad de los polacos permitieron, en efecto, la subyugación de Polonia por la dictadura estalinista. El mismo destino sufrieron otras naciones de Europa central y oriental.

Los primeros días de júbilo al recobrar la libertad dieron lugar a 45 años de subyugación de esos Estados por parte de un régimen impuesto de violencia y desorden, de atropello de la dignidad humana y de plena subordinación al dominio de la Unión Soviética de Stalin. Como escribió recientemente un historiador británico,

hay una tendencia a exaltar la guerra como un éxito incondicional y como una hazaña maravillosa que culminó con la liberación del mundo del mal. Añadió que en la mitad oriental de Europa una terrible tiranía suplantó a otra, y la liberación se pospuso durante casi 50 años.

No estoy en esta tribuna para presentar una cierta opinión de las injusticias o para hacer reivindicaciones. Por el contrario, quisiera rendir un homenaje a todos los soldados de Rusia, Ucrania, Belarús y otras naciones que lucharon en las filas del Ejército Rojo por su heroísmo, dedicación y sacrificio. Permítaseme garantizar a la Asamblea que las valientes acciones de esos cientos de miles de héroes anónimos son reconocidas en Polonia con la mayor estima. Sus tumbas reciben los cuidados adecuados y su memoria se mantiene viva.

La victoria de hace 60 años fue también tarea de los polacos. Ocupamos un lugar prominente entre los defensores del mundo libre. Polonia fue el primer país en oponerse a la agresión nazi. Luchamos en todos los frentes en la segunda guerra mundial y, al fin de la guerra, la contribución del ejército polaco fue la más importante después de la de la Unión Soviética, los Estados Unidos y el Reino Unido.

El año 2005 estará repleto de aniversarios: el sexagésimo aniversario de la liberación de los campos de concentración nazis, el sexagésimo aniversario del final de la segunda guerra mundial, el trigésimo aniversario de la firma del Acta Final de Helsinki y el vigésimo quinto aniversario de la creación del movimiento Solidaridad en Polonia, que inició el proceso de transformación pacífica y democrática en muchos Estados en nuestra parte del mundo. Ese proceso puso fin a la división de Europa tras la guerra y logró poner coto de manera real a la guerra que comenzó en 1939.

Los ciudadanos de Polonia no escatimarán compromisos ni determinación para lograr el entendimiento y la reconciliación con todas las naciones, particularmente con nuestros vecinos más numerosos, los alemanes y los rusos. La reconciliación sólo es posible cuando existe el esfuerzo mutuo y la buena voluntad mutua. Repito: no escatimaremos esfuerzos ni nos faltará buena voluntad.

Anteayer, 7 de mayo, en Wroclaw, el Presidente de Polonia dijo, “recordar es comprender la historia, extraer lecciones de ella y vivir de acuerdo con sus preceptos”. Este día de conmemoración debería ser también un día de reflexión. La memoria histórica sólo es esclarecedora y creativa cuando expresa la verdad,

sin omisiones y sin exagerar ciertos temas ni embellecer otros. Así es como deberíamos hablar de los años de la guerra y del propio Día de la Victoria. Deseamos la reconciliación basada en la verdad, puesto que la reconciliación sólo es posible mediante la verdad y un entendimiento común de la historia.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra el General Sagadat Nurmagambetov, representante de Kazajstán y veterano de la segunda guerra mundial.

**Sr. Nurmagambetov** (Kazajstán) (*habla en ruso*): En primer lugar, quisiera saludar a los demás participantes en esta sesión de la Asamblea General, que se celebra en conmemoración del sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial. En la sesión de hoy se celebra un acontecimiento histórico realmente excepcional. Se nos ofrece la oportunidad de rendir homenaje a aquellos que lucharon por la paz, la libertad, la democracia y la dignidad humana, así como de recordar a las víctimas de un régimen fascista.

Nos hemos reunido aquí para rendir homenaje a todos aquellos que perecieron en la segunda guerra mundial. Recordamos, y siempre deberíamos recordar, a aquellos que combatieron en el campo de batalla, a aquellos que trabajaron en sus países o murieron en los campos de concentración para preservar la vida en nuestro planeta.

Como una persona que participó directamente en esa guerra, marchó a través de miles de millas durante la contienda, participó en la liberación de varios países europeos del fascismo y vio el fin de la guerra en Berlín, puedo afirmar que fue una guerra destructiva y sangrienta que causó al género humano pérdidas incalculables y grandes sufrimientos. Es imposible sobrevalorar los servicios que prestaron los hombres y mujeres que lucharon en las fuerzas armadas o trabajaron en sus países, que dedicaron su energía, sacrificaron su vida y realizaron grandes esfuerzos para lograr el objetivo principal, nuestra victoria. Esa gran victoria de 1945 la forjaron todas las repúblicas constituyentes soviéticas, Rusia y los demás países de la coalición contra Hitler.

Tras la segunda guerra mundial los pueblos tomaron conciencia de que una tercera guerra mundial significaría el fin de la civilización para las generaciones venideras. La creación de las Naciones Unidas en ese momento, hecho crucial para el nuevo orden mundial, fue una decisión histórica y de importancia. Los ideales que indujeron a las personas a sacrificar su vida están

consagrados en el preámbulo de la Carta. Desde sus inicios, las Naciones Unidas se afanaron por llevar a cabo sus tareas principales, a saber, mantener la paz, promover el progreso social y el desarrollo y mejorar las condiciones de vida.

Este año, el sexagésimo aniversario de la segunda guerra mundial, es también el sexagésimo aniversario de la creación de las Naciones Unidas. Hoy, cuando 60 años después del fin de esa guerra, el mundo enfrenta una vez más graves amenazas a su seguridad que han adquirido nuevas formas y unas dimensiones verdaderamente mundiales, que trascienden las fronteras nacionales. El mundo enfrenta hoy la amenaza del terrorismo y la delincuencia transnacional. Los conflictos continúan surgiendo de manera virulenta en muchas partes del mundo, mientras que la humanidad continúa viviendo bajo el espectro de la pobreza y el deterioro del medio ambiente.

En ese contexto, quisiera recalcar una vez más la importancia de los esfuerzos por mantener la paz. El mundo es indivisible. Si lo convertimos en un escenario de enfrentamientos, luchas y conflictos armados, ello implicaría que los errores del pasado pueden olvidarse fácilmente. Nosotros, los que participamos en la segunda guerra mundial y sobrevivimos tras presenciar de manera directa esos trágicos acontecimientos, no debemos permitir su repetición, pues prácticamente cada una de las páginas de la historia de esa guerra se escribió con la sangre de millones de personas.

No puede encontrarse una sola familia en Kazajstán que no se haya visto afectada, de una u otra forma, por la segunda guerra mundial. Aunque las hostilidades ocurrieron más allá del territorio de Kazajstán, nuestro pueblo sufrió una experiencia horrible. Nuestra República movilizó para el ejército a alrededor de 1,2 millones de sus hijos e hijas, más de la mitad de los cuales sacrificaron sus vidas.

La victoria se forjó no sólo en el campo de batalla, sino también a nivel interno. En un período de tiempo increíblemente corto, nuestra República estableció sistemas para la producción de municiones y armamentos y acogió a muchas empresas industriales que dejaron las zonas de combate para reubicarse en su territorio. Sus trabajadores rurales contribuyeron de manera considerable, ayudando a quienes combatían al enemigo. Kazajstán acogió a miles de personas de diferentes orígenes étnicos que habían sido evacuadas de las zonas de combate. Los recibió con la tradicional

hospitalidad fraternal y les proporcionó refugio y trabajo. Recibieron muestras de solidaridad y generosidad, especialmente los niños.

Durante esos difíciles años de guerra se fortalecieron la amistad y la cohesión entre los diferentes grupos étnicos que vivían en nuestro país. Hoy, ese factor tan importante ha seguido contribuyendo en gran medida a mantener y consolidar la armonía interétnica y la estabilidad de nuestra sociedad.

Kazajstán ha venido aplicando sistemáticamente reformas políticas, económicas y sociales a gran escala, a fin de establecer un Estado moderno y democrático sobre la base del imperio de la ley, y ha contribuido de manera tangible a la estabilidad y la seguridad regionales y mundiales.

Para concluir, quisiera hacer un llamamiento a los dirigentes de todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas para que sigan trabajando incansablemente por la consolidación de la paz. Al cumplir con nuestras obligaciones en materia de derechos humanos, seguridad y desarrollo económico y social, como se refleja en la Carta de las Naciones Unidas y en otros documentos fundamentales de la Organización, podremos inmortalizar y honrar plenamente a quienes sacrificaron su vida en aras de la paz, la libertad y la dignidad humana de las generaciones futuras.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el representante del Reino Unido.

**Sr. Thomson** (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): El final de la guerra en Europa hace 60 años fue un hito en la historia que dio lugar a la construcción del Salón de la Asamblea General y a la labor que en él se realiza. En palabras de un historiador, la guerra convirtió al continente europeo en un “paisaje en ruinas”. Los cementerios de Europa y los monumentos de conmemoración de la guerra en todas las ciudades y pueblos de mi país son testimonio de la pérdida de vidas humanas y de los sacrificios que ayudaron a salvar de la barbarie a Europa y al mundo. Los daños económicos y físicos fueron también enormes y se necesitaron años para lograr la recuperación. Nunca debemos olvidar el costo de la guerra.

Sin embargo, en medio de las ruinas y la desesperación hubo esperanza y determinación. Los europeos decidieron nunca más librar una guerra entre ellos. Los Estados Unidos, en un acto de generosidad y visión,

proporcionaron a los destruidos países europeos ayuda económica y una garantía de seguridad. Durante los cinco años que siguieron a 1945, Francia y Alemania sentaron las bases de la comunidad económica europea, compartiendo soberanía para fortalecer su seguridad.

No obstante, Europa y los Estados Unidos, así como las demás naciones afectadas por la guerra, no se limitaron a mirar hacia adentro. El establecimiento de esta Organización, las Naciones Unidas, fue la mayor expresión práctica de las esperanzas compartidas en un mundo mejor. El compromiso del preámbulo de la Carta, citado a menudo esta mañana, de “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra” sólo se ha conseguido en parte. Casi todos los países representados hoy en este Salón han sufrido, directa o indirectamente, a causa de los conflictos, intra o interestatales, desde 1945.

Las amenazas que enfrentamos hoy —el terrorismo, las armas de destrucción en masa, las enfermedades catastróficas, el cambio climático— son, cabe sostenerlo, más drásticas y menos fáciles de enfrentar que las que tuvieron ante sí nuestros fundadores; y la amenaza que supone la pobreza, que sí conocieron ellos, sigue hoy con nosotros.

Sin embargo, debemos recordar que fue en una era de esperanza que terminó la guerra en Europa y se fundaron las Naciones Unidas, y hoy tenemos motivos para mantener esa esperanza. El sistema de las Naciones Unidas está conformado hoy por 191 naciones en total. Más que nunca antes, éstas representan una comunidad de democracias comprometidas con el respeto de los derechos humanos fundamentales exigidos en nuestra Carta.

Más que nunca, tenemos los recursos, la tecnología y la experiencia necesarios para fomentar el desarrollo, aumentar la seguridad, promover los derechos humanos y fortalecer el Estado de derecho. Más que nunca, tenemos intereses compartidos en lograrlo.

En el informe del Secretario General titulado “Un concepto más amplio de la libertad”, tenemos un ambicioso programa, un desafío a nuestros dirigentes para renovar las Naciones Unidas, adoptando un programa para un verdadero cambio y para logros auténticos. En 2005 muchos lugares de nuestro mundo compartido siguen pareciéndose al “paisaje de ruinas” que era Europa hace 60 años. Este es particularmente el caso de África. No obstante, el abuso y el descuido —naturales y causados por el ser humano— siguen imperando con

demasiada frecuencia en todos los continentes, y nuestro planeta se ve amenazado por el daño que causamos a nuestro entorno común.

La esperanza de mi Gobierno —que es la que guía nuestras acciones en la Unión Europea, en el Grupo de los Ocho y aquí en las Naciones Unidas— es que juntos podamos ponernos a la altura que exige el reto de renovar este paisaje en todo el mundo, como lo hicieron nuestros predecesores en la Europa de la posguerra. Con este fin, en nuestra cumbre de septiembre debemos trabajar en pro de acuerdos que representen progresos auténticos en cuanto a conseguir las metas fijadas en la Carta de las Naciones Unidas: la paz y la seguridad, el progreso económico y social, los derechos humanos para todos, la justicia y el Estado de derecho en todo el mundo.

En este Día del Recuerdo, nuestros pensamientos acompañan a quienes sufrieron y sacrificaron su vida por nuestra libertad y, por ende, por los objetivos de la Carta de las Naciones Unidas. No obstante, nuestras esperanzas y nuestra determinación deben centrarse en nuestro futuro común y en el progreso que, en este Salón de la Asamblea General, todos hemos convenido en conseguir.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el representante de Israel.

**Sr. Gillerman** (Israel) (*habla en inglés*): Sin duda, es apropiado que la Asamblea se reúna para conmemorar el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial. La Organización surgió de la devastación de esa terrible experiencia, y su noble misión se forjó como respuesta a los indecibles horrores que conmovieron la conciencia de la humanidad.

Los primeros párrafos de la Carta de las Naciones Unidas testimonian el vínculo indisoluble que existe entre la Organización y la tragedia sin parangón de la segunda guerra mundial. Nos recuerdan, como ya han dicho tantos oradores antes que yo, que los principios fundacionales de las Naciones Unidas de “preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra” y de “reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana” son la respuesta mundial a la tragedia de esa guerra. Por lo tanto, son unos artículos de fe y un imperativo moral que nunca se pueden abandonar.

Hoy nos reunimos para decir a los millones de víctimas de la guerra que no hemos olvidado su

matanza, para decir a los supervivientes de las atrocidades de la guerra que no hemos olvidado su sufrimiento y para decir a los soldados aliados que no hemos olvidado su sacrificio y que nunca lo olvidaremos.

Los valientes soldados de numerosos Estados representados en este salón que arriesgaron la vida, y en demasiados casos la dieron, por el bien y por la compasión se encontraron frente a frente con la devastación provocada por la crueldad a la que puede llegar el ser humano. Se encontraron frente a frente con la encarnación de la perversidad y con lo más profundo del sufrimiento y la amargura.

Israel, al igual que todos los demás países representados en este Salón, está agradecido a todos esos soldados que lucharon por la libertad, la esperanza y la fe en que la humanidad podía redimirse y renacer del infierno de la segunda guerra mundial, y está especialmente agradecido a aquellos soldados que fueron a luchar por esos ideales y no regresaron, entre ellos los soldados de una nación que todavía no había nacido pero integrantes de un pueblo muy antiguo que prestaron servicio en la Brigada Judía y otras unidades de las fuerzas aliadas.

Israel tiene un vínculo especialmente trágico con la segunda guerra mundial. El Estado de Israel representa a un pueblo que ha sufrido vicisitudes a lo largo de la historia, pero que padeció su peor calamidad durante la segunda guerra mundial. El Holocausto supuso el asesinato de una tercera parte del pueblo judío. Entre las tinieblas y la desesperación de esos años de la guerra, muchos de nuestros padres y abuelos se vieron envueltos en las llamas del odio y se perdieron para siempre.

Al igual que las propias Naciones Unidas, el Estado de Israel surgió de la tragedia de la segunda guerra mundial, con la determinación de no olvidar nunca y de no permitir jamás que volvieran a ocurrir los hechos de la guerra. En Israel residen 20.000 veteranos de la segunda guerra mundial. Junto con los supervivientes del Holocausto con los que conviven, son testimonios vivos de ese terrible período de la historia y nos recuerdan que, cuando se siembran las semillas del odio, sólo pueden brotar el horror y la muerte. Estamos orgullosos de los veteranos de la guerra que viven en Israel; orgullosos de su valentía y del sacrificio que hicieron en los campos de batalla de Europa y orgullosos de que sigan honrando a todas esas víctimas del Holocausto haciendo de Israel su hogar.

En nombre de esos veteranos y de todos los ciudadanos de Israel, el Presidente de Israel, Sr. Moshe Katsav, encabeza la delegación israelí en las ceremonias de conmemoración que se celebran hoy en Moscú. Por haber desempeñado un papel tan decisivo en la liberación de Europa de los nazis y por haber sufrido tanto, en cuanto a víctimas militares y civiles, nuestros colegas rusos deben estar orgullosos de la contribución de incalculable valor que aportaron a la lucha contra el mal. En ese sentido, y en nombre del pueblo judío, quisiera rendir un homenaje especial a los soldados rusos que, junto con los soldados de otros Estados, liberaron los campos de concentración nazis.

Hoy tenemos la oportunidad de reiterar una vez más los principios sobre los que se fundaron las Naciones Unidas. Nacidas de los horrores de la segunda guerra mundial, se concibieron como un templo de tolerancia y armonía. Deberían ser un hogar para todas las naciones del mundo, un lugar incluyente y justo, en el que se trabaje para fomentar la paz entre los pueblos. Deben disociarse de la política y consagrarse a la fraternidad. Trabajando para que así sea podremos conmemorar el fin de la segunda guerra mundial no sólo hoy, sino todas y cada una de las veces que nos reunamos en este Salón.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante del Canadá.

**Sr. Rock** (Canadá) (*habla en inglés*): Hace 60 años, el Embajador del Canadá en los Estados Unidos asistía a la conferencia de fundación de esta Organización en San Francisco cuando se le anunció que se había logrado la victoria en Europa. Ese día, el Sr. Lester B. Pearson escribió en su diario:

“Quienes estaban tratando de organizar la paz prácticamente no eran conscientes de que en Europa la lucha había terminado, sin duda en parte porque estaban mirando hacia el Pacífico, donde la guerra continuaba librándose de manera cruenta. Fui a mi habitación y en la radio escuché una emisión muy conmovedora desde Londres. Fue la primera vez que cobré conciencia de lo que realmente significaba el día de la victoria.”

Como muchos de sus colegas en San Francisco, el Sr. Lester Pearson estaba decidido a velar por que nunca más volvieran a repetirse unos hechos tan catastróficos. Así, fue su generación de diplomáticos y dirigentes la que creó las Naciones Unidas de las cenizas de la guerra hace seis decenios.

En 1939, cuando empezó la guerra, el Canadá tenía una población muy pequeña en una vasta superficie de territorio. Cuando terminó la guerra seis años después, el Canadá tenía la cuarta fuerza combatiente más grande del mundo. Entonces pasamos a centrarnos en construir un nuevo país y contribuir al desarrollo pacífico del mundo a nuestro alrededor, y acogimos y apoyamos a las Naciones Unidas en todas las formas que pudimos.

(*continúa en francés*)

El 22 de septiembre de 2004, el Primer Ministro Paul Martin habló aquí, ante la Asamblea General, acerca de lo que consideraba las principales responsabilidades del sistema internacional: la responsabilidad de proteger y, por tanto, de prevenir el genocidio y los crímenes de lesa humanidad; la responsabilidad de velar por que los terroristas no obtengan armas de destrucción en masa; la responsabilidad de respetar a los seres humanos, su dignidad, su libertad y su cultura; la responsabilidad de crear, dado que para conseguir un desarrollo verdadero hace falta un enfoque integrado con respecto a la deuda, el acceso a los mercados y la inversión social; y la responsabilidad hacia el futuro en lo tocante a determinados aspectos de nuestro patrimonio común, a saber, la salud, el medio ambiente, los océanos y el espacio ultraterrestre.

(*continúa en inglés*)

Como recalcó el Primer Ministro en septiembre pasado, los canadienses estamos persuadidos de que esas responsabilidades sólo se pueden asumir de manera colectiva, por conducto de las Naciones Unidas.

En los seis decenios que transcurrieron desde el 9 de mayo de 1945 esta institución ha crecido y ha cambiado. Sin embargo, todos somos conscientes de que queda mucho por hacer para que esta institución sea todo lo que puede ser y colme las perspectivas y las expectativas que tenían sus fundadores tenían en 1945.

Por nosotros mismos y por los ciudadanos del mundo, debemos trabajar por el cambio y el progreso en esta gran institución, ser igual de denodados que quienes trabajaron a la sombra de la guerra hace 60 años y hacer en nuestra generación lo que ellos hicieron en la suya: actuar de manera concreta y valiente para impulsar los ideales hacia su expresión práctica.

En la solemne ocasión de este aniversario histórico, el Canadá se compromete una vez más a trabajar con los demás Estados Miembros por esa causa común.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra la representante de los Estados Unidos.

**Sra. Patterson** (Estados Unidos de América) (*habla en inglés*): En el día de hoy tengo el placer de representar a los Estados Unidos en esta sesión extraordinaria de la Asamblea General en memoria de las víctimas de la segunda guerra mundial y el Holocausto. Es preciso que nuestro acto de conmemoración de hoy se repita para que el flagelo de la guerra, el odio y la intolerancia no retorne nunca más. Las Naciones Unidas se fundaron para garantizar que ese horror y ese sufrimiento no volvieran a surgir jamás.

Para el pueblo de los Estados Unidos, al igual que para el de muchas naciones, el fin de la segunda guerra mundial fue un acontecimiento trascendental. Se derrotó a la tiranía y a la opresión, y nació un nuevo día de esperanza, aunque no sin un enorme costo. En consecuencia, conviene que aprovechemos esta oportunidad para recordar el ingente sacrificio hecho por un sinnúmero de ciudadanos de muchos países en esos años terribles.

Cabe recordar que hace 60 años las divisiones estadounidenses liberaron los grandes campos de concentración de Buchenwald y Dachau (Alemania) y de Mauthausen (Austria). Las fuerzas británicas liberaron Bergen-Belsen y Neuengamme, mientras las fuerzas soviéticas liberaron Auschwitz (Polonia) y los campos de Sachsenhausen y Ravensburgo (Alemania).

La segunda guerra mundial es fundamental para la identidad estadounidense. Para nosotros, al igual que para muchos otros pueblos, es un momento histórico que quedará por siempre inscrito en la memoria colectiva de las naciones. Hoy, 60 años después, recordamos a los seres queridos que murieron y evocamos las historias de su gran heroísmo y valor. Honramos su memoria y seguimos celebrando la victoria de nuestra alianza. Reflexionamos sobre las lecciones de este gran conflicto y damos las gracias porque los enemigos de ayer hoy son amigos.

En Europa occidental el fin de la segunda guerra mundial significó la liberación. Sin embargo, en Europa central y oriental el fin de la segunda guerra mundial marcó el comienzo de un doloroso capítulo de la historia. Al reconocer el pasado y enfrentar el flagelo del antisemitismo, este aniversario es una oportunidad para mirar hacia adelante y construir un futuro basado en nuestros valores compartidos y nuestras responsabilidades comunes como naciones libres. Hoy, cuando

presenciamos el ascenso de la libertad en todo el mundo, debemos tener cuidado de salvaguardar ese dividiendo de la paz. Debemos trabajar con confianza para fortalecer la democracia en nuestros países y promover la libertad en el exterior.

El Presidente Bush visitó hoy Moscú para honrar el sacrificio hecho durante la guerra por millones de estadounidenses, europeos y ciudadanos de otros lugares del mundo. Su visita subraya el compromiso común de los Estados Unidos y de nuestros aliados de trabajar de consuno para promover la libertad, la prosperidad y la tolerancia en Europa y en el resto del mundo. Por ello, con profundo agradecimiento y con la decisión de no olvidar, los Estados Unidos se han unido a otros Estados Miembros aquí, en el día de hoy, para honrar a quienes dieron tanto para que todos pudiéramos gozar de la bendición de la paz y la libertad.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra el representante de China.

**Sr. Wang Guangya** (China) (*habla en chino*): Este año se conmemora el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial y muchos países celebran de diversas formas esa histórica victoria contra el fascismo. La Asamblea General ha declarado que este es un momento de recuerdo y reconciliación. La delegación de China acoge con beneplácito esta sesión extraordinaria y solemne de la Asamblea General. Deseamos aprovechar esta oportunidad para rendir homenaje a los valientes combatientes que ofrendaron su vida en la lucha contra el fascismo. Asimismo, expresamos nuestro profundo pesar por los sacrificios hechos por el heroico Ejército Rojo y por todas las víctimas inocentes que cobró esa guerra.

Un día como hoy, hace 60 años, presenciamos la derrota de las fuerzas nazis que habían assolado el continente europeo. Tres meses después, los agresores militaristas que habían sembrado el terror en la región de Asia y el Pacífico, también se rindieron. Los pueblos amantes de la paz y la justicia del mundo habían pagado un enorme precio. Innumerables personas habían sido torturadas hasta la muerte en los campos de concentración nazi o habían sido exterminadas por las fuerzas militares. La segunda guerra mundial provocó sufrimientos inenarrables para la humanidad. Su alcance, así como la pérdida de vidas humanas y de bienes materiales, no tuvieron precedentes. Al final, los pueblos del mundo lograron el triunfo de la justicia y con un enorme esfuerzo conquistaron la paz.

Hoy, en este Salón, recordamos y conmemoramos una vez más ese acontecimiento histórico. Nuestro objetivo es instar a todas las personas amantes de la paz a que no olviden esa guerra sangrienta y no permitan que esa tragedia se repita. Han transcurrido 60 años desde el fin de la segunda guerra mundial, y las simientes de la paz están ahora profundamente arraizadas en los corazones de los pueblos del mundo. Los incansables esfuerzos de reconciliación también han rendido fruto y han dado vida a la esperanza.

No obstante, no podemos dejar de observar que, incluso después de 60 años, los fantasmas del nazismo y el militarismo siguen rondando. Un puñado de seguidores intransigentes y de fuerzas y organizaciones de extrema derecha siguen empeñados en distorsionar y negar los crímenes del pasado en desafío abierto de la conciencia humana. Es vital que la comunidad internacional aumente su vigilancia. Las lecciones del pasado nos pueden guiar en el futuro. Si usamos la historia como espejo, podemos reflexionar sobre los vergonzosos actos del pasado y extraer la fuerza necesaria para el futuro. Esta sesión extraordinaria de hoy nos permitirá no sólo rendir homenaje a las víctimas de la segunda guerra mundial, sino también —lo que es más importante aún— recordar y encarar la historia para aprender las lecciones que nos enseña. Sólo así podremos salvar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra.

Las Naciones Unidas surgieron hace 60 años en el período victorioso que siguió a la guerra mundial contra el fascismo. Hoy las Naciones Unidas siguen teniendo la responsabilidad fundamental de prevenir la reanudación de la guerra, mantener la paz y la estabilidad en el mundo y promover el progreso y el desarrollo humanos.

Nuestra Organización encara nuevos retos, tales como la lucha contra el terrorismo y la delincuencia transnacional, la erradicación de la pobreza y la desigualdad, y el establecimiento de un nuevo orden político y económico internacional justo. La humanidad se encuentra en un nuevo punto de inflexión histórico y las Naciones Unidas están en una encrucijada crucial. Juntemos nuestras manos una vez más en espíritu de unidad y reconciliación y abracemos el futuro de toda la humanidad para responder a los nuevos retos.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra el representante de Alemania.

**Sr. Pleuger** (Alemania) (*habla en inglés*): El recuerdo de la segunda guerra mundial y del indecible sufrimiento infligido por Alemania a sus vecinos y, en consecuencia, a sus ciudadanos, es un deber solemne para mi país. Desde entonces, la expiación ha sido un elemento definitorio de la identidad alemana. Hoy, 60 años después del fin de la guerra, lloramos por todos esos hombres, mujeres y niños, civiles y militares por igual, que perdieron la vida, perdieron a sus seres queridos o perdieron la salud víctimas de la Alemania nazi. Hemos aceptado la plena responsabilidad moral y pedimos perdón por el sufrimiento causado a otros pueblos en nombre de Alemania. Por grandes que hayan sido nuestros esfuerzos por ayudar a las víctimas en los 60 últimos años, somos conscientes de la imposibilidad de compensar sufrimientos tan grandes.

Al propio tiempo, el 8 de mayo es un día de liberación para los europeos, incluidos los alemanes. Las generaciones futuras recordarán el año 1945 como la alborada de una era basada en la promesa de las Naciones Unidas. En efecto, la Carta de las Naciones Unidas, con sus objetivos primordiales de paz, bienestar y derechos humanos, trata de aprender de la historia de Alemania durante esos fatídicos 12 años y de asegurar que esos hechos nunca se repitan.

En los decenios posteriores a 1945 fueron necesarios —y todavía lo siguen siendo— muchos esfuerzos y un alto grado de sabiduría, persistencia y, a menudo, coraje para forjar gradualmente un mundo mejor. Se produjeron contratiempos casi inmediatamente. Muchos recordarán el período inmediato de posguerra como un período que trajo, entre otras cosas, años de sufrimiento adicional y de nueva opresión, así como una división de Europa y de todo el mundo.

Para la República Federal de Alemania el fin de la segunda guerra mundial supuso una oportunidad excepcional de volver a empezar, espiritual y políticamente, sobre los pilares de la dignidad humana y de los derechos humanos. Se le brindó a Alemania una oportunidad de lograr la reconciliación con sus vecinos y otros asociados y de contribuir a un orden mundial más pacífico. Los Estados Unidos, Francia y el Reino Unido nos tendieron la mano en momentos cruciales y en un espíritu de magnanimidad y sabiduría. El representante de Luxemburgo, haciendo uso de la palabra en nombre de la Unión Europea, señaló cómo, en gran medida, la integración europea fue a la vez una idea para superar los horrores del pasado y una hoja de ruta para hacer realidad esa idea.

Con la integración europea y transatlántica, hemos aprendido las lecciones de la trágica primera mitad del siglo XX. La Unión Europea ha unido a antiguos enemigos y ha llevado la estabilidad y la prosperidad en los ámbitos político, económico y social a todos sus miembros. La reconciliación con Rusia y los otros Estados sucesores de la antigua Unión Soviética reviste especial importancia, habida cuenta del alto precio que sus pueblos pagaron durante la guerra. En vista del sufrimiento de los Estados bálticos, siempre hemos sentido una obligación muy especial de respaldar enérgicamente su inclusión en la comunidad euroatlántica. Polonia fue víctima de una agresión nazi especialmente brutal; agradecemos especialmente que nuestra relación con Polonia se haya convertido en una verdadera amistad europea. Eso también se aplica a nuestros asociados de Europa central.

Nuestra responsabilidad en la Shoah, el mayor crimen de lesa humanidad del siglo XX, entraña una obligación especial de Alemania para con el Estado de Israel. Nuestra relación con Israel ha sido y siempre será especial. Mantener viva la memoria de la Shoah y recuperar la amistad de los judíos en Israel, en Alemania y en todo el mundo, sigue siendo una tarea para las generaciones presentes y futuras de Alemania.

Hemos avanzado mucho desde 1945. En 1989 una revolución pacífica en el corazón de Europa logró el fin de la guerra fría y fue un punto culminante en nuestra búsqueda de la reconciliación, búsqueda que duraba ya decenios. También fue una nueva oportunidad para que las Naciones Unidas defendieran sus principios fundacionales, que fueron proclamados mientras gran parte del mundo aún estaba en ruinas: preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, crear condiciones bajo las cuales puedan prosperar los derechos humanos y la justicia, promover el progreso social y elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad.

Podemos lograr esas aspiraciones; podemos construir un mundo más seguro, más justo y más próspero; podemos encarar los retos de la pobreza, el hambre, las enfermedades, la desesperación, el terrorismo y las armas de destrucción en masa si aprendemos las lecciones del pasado. Como se indica en la Carta, se trata de mantener la paz y la seguridad internacionales y, con tal fin: tomar medidas colectivas eficaces para prevenir y eliminar amenazas a la paz; fomentar entre las naciones relaciones de amistad; realizar la cooperación internacional en la solución de problemas internacionales

de carácter económico, social, cultural o humanitario; y desarrollar y estimular el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de todos, sin hacer distinción por motivos de raza, sexo, idioma o religión.

El legado de los horrores de la segunda guerra mundial nos obliga a esforzarnos para que alcancemos de consuno esos objetivos comunes.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante de Lituania.

**Sr. Šerkšnys** (Lituania) (*habla en inglés*): Tengo el honor de hacer uso de la palabra en nombre de los tres Estados bálticos: Estonia, Letonia y mi propio país, Lituania. Respaldamos la declaración formulada por la Presidencia luxemburguesa de la Unión Europea. En ese sentido, Estonia, Letonia y Lituania quisieran recalcar los siguientes aspectos.

La guerra siempre es una tragedia para los pueblos. La segunda guerra mundial fue una gran tragedia que dejó profundas cicatrices. En este mes de mayo se conmemora el sexagésimo aniversario del fin oficial de la segunda guerra mundial en Europa. Conmemorando su fin, reverenciamos y recordamos a todas las víctimas de la segunda guerra mundial —los millones de personas que fallecieron en sus ciudades y aldeas o en los campos de batalla y aquellas que perdieron la vida en los campos de la muerte y en los gulag— y recordamos con agradecimiento a quienes lucharon contra la dictadura, la opresión, el racismo y la agresión.

Ahora que conmemoramos el fin de la segunda guerra mundial, recordamos también el legado de esa guerra y revelamos la verdad justa desde el punto de vista histórico. El fin de la segunda guerra mundial representó el fin de una ideología totalitaria: el fascismo. Sin embargo, otra —el comunismo totalitario— amplió su dominio. El fin de la guerra ocasionó la ocupación y la nueva anexión de los tres Estados bálticos por la Unión Soviética. Así pues, en nuestros países se siguió luchando por la libertad y la justicia nacionales. Al conmemorar a quienes perdieron la vida durante la segunda guerra mundial, no debemos dejar de conmemorar los crímenes de lesa humanidad cometidos por ambos regímenes totalitarios.

Al recordar a todas las víctimas de la segunda guerra mundial y del Holocausto, así como la resistencia y la represión de la posguerra, esperamos que la paciencia y la tolerancia se conviertan en los principios universales de las relaciones entre los Estados y

sus habitantes. La reconciliación basada en la verdad y en una evaluación abierta y justa de las atrocidades y las consecuencias de la segunda guerra mundial es la mejor prueba de que se han aprendido lecciones de la guerra.

Respaldamos las nobles actividades que llevan a cabo las Naciones Unidas con el fin de impedir que se repitan tragedias como las del siglo XX.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante de la República de Corea.

**Sr. Kim Sam-hoon** (República de Corea) (*habla en inglés*): Estamos hoy aquí reunidos para conmemorar el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial, un conflicto mundial monumental que causó enormes estragos de magnitud inimaginable y que cobró unos 50 millones de vidas, dejando para siempre en nuestra memoria colectiva un legado de dolor y sufrimiento. También honramos y rendimos homenaje a quienes tanto sacrificaron para que las generaciones futuras pudieran vivir en paz y con dignidad humana.

El salvajismo y la brutalidad de la segunda guerra mundial tuvieron una magnitud verdaderamente épica, y demostraron a todo el mundo la inutilidad y el horror de la lucha de naciones contra naciones, de hermanos contra hermanos. La guerra afectó a todos los continentes y pueblos, y nadie se libró del dolor y del sufrimiento. Además, el genocidio, las violaciones sistemáticas de los derechos humanos y los crímenes de guerra cometidos son máculas en el alma de la humanidad.

Sin embargo, hoy no es sólo un día para lamentar. Es también un momento para que reafirmemos nuestra responsabilidad colectiva —de hecho, nuestra obligación moral— de trabajar de consuno para que guerras tan horrendas no se repitan en el futuro.

Las Naciones Unidas se construyeron sobre las cenizas de la segunda guerra mundial. Hoy son la manifestación física de la voluntad colectiva de la comunidad internacional de poner freno al flagelo de la guerra y de velar por que la paz y la prosperidad del mundo no vuelvan a verse socavadas de forma tan atroz. No obstante, como todos sabemos, las amenazas a la paz y la estabilidad mundiales siguen siendo numerosas. Los conflictos persistentes y terribles de varios continentes están cobrando la vida de civiles inocentes, sobre todo de los vulnerables. El terrorismo es una grave amenaza a la paz mundial, al igual que la proliferación de las armas de destrucción en masa.

A fin de avanzar hacia ese mundo libre de amenazas y miseria con el que soñaban los autores de la Carta hace sesenta años, debemos fortalecer y promover más la cooperación y el diálogo multilaterales basados en las Naciones Unidas. Asimismo, deben proseguir las iniciativas encaminadas al desarme y la no proliferación.

Ahora, además de recordar y respetar a los muertos, quizá nuestra tarea más importante sea forjar las bases de una verdadera reconciliación superando el infortunado pasado que nos legó la segunda guerra mundial. Evidentemente, para mejorar la cooperación internacional debe haber una verdadera reconciliación, se deben promover los valores democráticos y fortalecer los derechos humanos y las libertades fundamentales. Todo ello nos entrañará una promesa de un futuro de paz y prosperidad en el mundo.

En este sentido, considero que es mi deber solemne, como ciudadano de un país que sufrió muchísimo durante la segunda guerra mundial, poner de relieve la necesidad de que quienes violaron la paz y nos precipitaron en una pesadilla mundial nos desagracien por ello. Un verdadero desagracio implica más que las simples disculpas verbales. Las verdaderas disculpas deben concretarse en acciones. En este sentido, todo intento de distorsionar la historia retrasaría el objetivo de la reconciliación. El hecho de que se pasen por alto las fechorías del pasado y se glorifique a los autores de atrocidades impide que haya una reconciliación verdadera y duradera.

Asimismo, la incapacidad de instruir a los jóvenes sobre los verdaderos horrores de la guerra los priva del derecho a saber la verdad sobre sus antepasados, y ellos merecen saberla. La única esperanza de superar realmente los recelos con respecto al pasado es mirar a la historia de frente y arrepentirnos por ella.

Conforme progresa el siglo XXI y lo vamos dejando atrás, el objetivo de la comunidad internacional, con las Naciones Unidas desempeñando un papel rector, es promover y consolidar los valores universales de la democracia, los derechos humanos y las libertades fundamentales. Lo primero que debemos hacer para cumplir esos objetivos es reafirmar nuestro compromiso de respetar la dignidad y el derecho fundamental a vivir en paz, que todos los pueblos merecen.

En el sexagésimo aniversario de la segunda guerra mundial, la República de Corea reitera hoy aquí su apoyo incondicional a los propósitos y principios

consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. También expresamos nuestro sincero deseo de que haya una verdadera reconciliación en todo el mundo. Sin reconciliación, la nueva alianza para la paz y la prosperidad que todos valoramos nunca llegará a hacerse realidad.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante de Kirguistán.

**Sr. Jeenbaev** (Kirguistán) (*habla en ruso*): Nadie puede hablar sobre la victoria en la Gran Guerra Patria sin emocionarse. La grandeza de ese acontecimiento tiene un significado verdaderamente funesto para toda la humanidad. La gran victoria se logró a costa de los esfuerzos increíbles de los pueblos y de vidas frustradas. Siempre lo hemos recordado y lo seguiremos recordado. La victoria se logró gracias a los esfuerzos de los pueblos de muchos países, y los pueblos que vivieron el infierno de la guerra y sufrieron las más terribles experiencias y privaciones que causó el frenesí militar observan hoy por doquier este día conmemorativo.

La Organización mundial proclamó el 8 y el 9 de mayo días para el recuerdo y la reconciliación. Los mayores sacrificios de la historia de la humanidad en aras de la libertad, las privaciones y el sufrimiento sin precedentes, el heroísmo de las masas y el valor de nuestros luchadores —libertadores— el arduo trabajo realizado en la retaguardia y la unidad y persistencia de los pueblos garantizaron la victoria total sobre las fuerzas del mal.

Más de 360.000 de los mejores hijos e hijas de Kirguistán lucharon juntos en los frentes de la segunda guerra mundial y se cubrieron de gloria eterna. Los nombres de muchos de ellos se inscribirán con letras de oro en la historia de la más sagrada de las guerras —la Guerra Patria. El coraje de miles de representantes de Kirguistán les valió grandes honores de Estado.

Sobre todo, me gustaría señalar que los trabajadores de la retaguardia contribuyeron al logro de la gran victoria. Desde el inicio de la guerra, la industria de Kirguistán se reestructuró hacia la producción de guerra, y todo el sector agrícola de la República trabajaba para el frente. Se sustituyó a los que fueron al frente con mujeres, adolescentes y ancianos. Ellos se hicieron cargo de la maquinaria, entraron en acción y se pusieron al volante de los tractores.

Los años pasan y los decenios también, y cada vez queda más lejos la primavera de 1945, pero las hazañas heroicas de los veteranos siempre serán recordadas.

El Día de la Victoria es el día más importante y más patriótico. Conjuga la valentía y la grandeza, el pesar y las lágrimas. Nuestros padres y abuelos, nuestros hermanos y hermanas nos dejaron a nosotros y al mundo la oportunidad de vivir con libertad e independencia, y el precio que pagaron por ello fue su vida. En nuestros corazones recordaremos su hazaña, y su ejemplo nos obliga a conseguir nuevos logros y a ascender a nuevas cumbres en aras de la paz.

Hoy todos los seres humanos progresistas tienen los ojos puestos en las Naciones Unidas, donde se están examinando cuestiones clave del desarrollo de las actividades de la Organización. No falta mucho para que celebremos el sexagésimo aniversario de esta Organización mundial única, que se ha convertido en el hogar común de los pueblos de todo el planeta. Desde que existe la Organización, el mundo ha cambiado radicalmente, y también se han producido cambios de gran alcance en la situación internacional. El mundo respiró aliviado al término de una guerra devastadora, pero ocuparon su lugar nuevas amenazas y retos, ante todo el terrorismo en todas sus formas y manifestaciones. Hoy tenemos que adoptar nuevas medidas para infundir nueva vida a las Naciones Unidas y darles una nueva cualidad para que puedan responder debidamente a los acontecimientos en un mundo que cambia rápidamente.

El tiempo pasa inexorablemente. Las filas de veteranos de la segunda guerra mundial se van reduciendo, y nuestro deber sagrado es ser merecedores de sus logros, apoyar a los héroes que lucharon en el frente y a los que trabajaron arduamente en la retaguardia, y rodearlos de afecto y atenciones. Ser sus sucesores no sólo es un gran honor, sino también una responsabilidad enorme.

**El Presidente** (*habla en francés*): Doy ahora la palabra al representante de Australia.

**Sr. Tesch** (Australia) (*habla en inglés*): Australia se suma con tristeza pero también con sereno orgullo, a las demás naciones para celebrar el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial en Europa, el 8 de mayo de 1945.

Cuando se declaró la guerra, en septiembre de 1939, nuestra joven nación respondió rápidamente a la amenaza de la tiranía, y de ese modo cumplió con su deber respecto de la alianza histórica con el Reino Unido y la profunda amistad que había entablado con los países que habían sido sus aliados durante la primera

guerra mundial. Los australianos sirvieron valiente y distinguidamente durante toda la guerra, en todos sus frentes. A pesar de que la mayoría de nuestras fuerzas volvieron a ser llamadas para hacer frente a una nueva amenaza directa contra nuestras costas, muchos permanecieron prestando servicios junto a británicos, polacos, canadienses, sudafricanos y personas de muchas otras nacionalidades hasta que se declaró finalmente la paz en Europa. Trágicamente, esa paz no salvó la vida de muchos otros que continuaron luchando y muriendo en el Pacífico durante otros cuatro o cinco meses.

Como otros oradores que han intervenido antes que yo nos lo han recordado, esta Organización, de la cual Australia se siente orgullosa de haber sido Miembro fundador, se erigió en respuesta a la trágica conflagración en la que se vio sumido el mundo entre 1939 y 1945. Sesenta años después, la Carta de las Naciones Unidas sigue siendo un testimonio elocuente de los objetivos que unieron al mundo entonces y que continúan guiándonos e inspirándonos. Al recordar a esos hombres y mujeres que lucharon, sufrieron y murieron, así como a las personas inocentes que perecieron, debemos prometer que seremos merecedores de su legado y asegurar que su servicio y sacrificio no hayan sido en vano.

La tarea que a todos nos corresponde en este año del sexagésimo aniversario es aunar nuestros esfuerzos para lograr un objetivo común una vez más: garantizar que esta Organización evolucione para hacer frente a las nuevas amenazas y superar los desafíos que plantean la pobreza, las enfermedades, la guerra, el terrorismo y la denegación de los derechos humanos fundamentales. Australia tiene la firme esperanza y la firme convicción de que, mediante esfuerzos concertados, podremos hacerlo, y de que podremos demostrarnos a nosotros mismos que somos dignos de quienes sacrificaron su vida.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra el representante de Belarús.

**Sr. Dapkiunas** (Belarús) (*habla en ruso*): En la historia de la humanidad, el recuerdo y la reconciliación y el amargo recuerdo de las heridas y las pérdidas del pasado, son frecuentemente una barrera infranqueable en la mente de las personas y de pueblos enteros. No obstante, algunas veces ese mismo recuerdo lleva al arrepentimiento y al perdón, a la paz y al acuerdo.

Mi país perdió a millones de sus ciudadanos en la guerra. Uno de cada cuatro ciudadanos de Belarús pereció. Para mis compatriotas, no se trataba simplemente de otra guerra mundial; era la Gran Guerra Patria. Hasta hoy, y con el mismo intenso dolor, los belarusos recuerdan a las víctimas que entregaron su vida por la victoria contra el nazismo. El tiempo no ha curado plenamente las profundas heridas en el corazón y el alma de nuestro pueblo.

Hoy podemos asegurar con firmeza que, para Belarús, no existen Estados enemigos en el mundo. Además, Belarús tiene la sincera esperanza de que un día se pueda hacer que el propio concepto de la guerra desaparezca no sólo de la Carta de nuestra Organización, sino también de la práctica de las relaciones internacionales. No obstante, esta última tarea es más difícil que la primera.

Cada uno de nosotros extrae sus propias lecciones de los acontecimientos del pasado. Para Belarús, que fue literalmente arrasada por las llamas en el fuego de una guerra mundial, la lección principal que aprendió fue comprender que un acontecimiento de esa índole no debe volver a ocurrir jamás. Es una lección sencilla; no obstante, como recientes acontecimientos lo han demostrado, no es, de ningún modo, una lección obvia. La pesadilla de la guerra y el sufrimiento y la muerte de millones hicieron que la humanidad se estremeciera.

Hace 60 años la comunidad internacional reunió la fortaleza y el valor para superar la desconfianza, las exigencias y las acusaciones mutuas. Sobre la base de un frente fraternal de potencias aliadas, pudo crear un nuevo sistema de relaciones internacionales, cuyo principio fundamental —el no uso de la fuerza o la amenaza del uso de la fuerza— está consagrado en la Carta de las Naciones Unidas. ¿Qué nueva convulsión tiene que sacudir los fundamentos de nuestro mundo para que comprendamos una vez más —como lo hicieron nuestros predecesores en 1945— el significado y el valor ingentes de ese principio?

Los vencedores de la última guerra mundial valoraban sus convicciones no en menor medida que nosotros valoramos las nuestras. Al igual que nosotros ahora, cada uno de ellos estaba seguro de que su rumbo era el correcto. Frecuentemente contemplaban ideas contrarias, pero estaban de acuerdo en la cuestión principal: la empresa sagrada, a cualquier precio, de preservar la vida en la Tierra. ¿Qué tiene que ocurrir para que una vez más nos estremecemos como lo hicimos

y para que nos esforcemos por superar la tentación natural de ceder ante antiguas faltas históricas? ¿Qué puede obligarnos a examinar seriamente cuál de nuestros nobles deseos puede ayudar realmente a preservar la vida en la Tierra, y cuál de ellos no hará más que impulsar a la humanidad hacia al abismo de la autodestrucción?

Todos somos diferentes. A veces podemos ser incluso demasiado diferentes para abordar esa cuestión, pero, si queremos seguir vivos en este mundo, tendremos que hacerlo juntos y en paz. Comprender y aplicar esa sencilla verdad es lo menos que podemos hacer para rendir un homenaje a la memoria de quienes perecieron en la última guerra mundial.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra el representante de Francia.

**Sr. de La Sablière** (Francia) (*habla en francés*): Hace 60 años, por último la paz prevaleció al fin de uno de los conflictos más sangrientos de la historia de la humanidad. Es justo que hoy honremos la memoria de todas las víctimas de esa guerra atroz. Es justo que rindamos homenaje a todos aquellos —los ilustres y los desconocidos— que combatieron y triunfaron por la libertad en todo el mundo.

Hace 60 años una nueva esperanza nació en Europa, que en aquellos momentos estaba asolada y exhausta, con sus creencias más profundas tambaleándose. En unos pocos años la reconciliación francoalemana, la alianza transatlántica y la construcción europea permitieron que nuestro país renovara las tradiciones más elevadas de su civilización. Los europeos volvieron a ocupar su pleno lugar entre las naciones.

Hace 60 años también nació una nueva esperanza para el mundo. Los Estados Unidos y otros países tienen el mérito de haber sentado las bases para la creación de las Naciones Unidas. Al igual que hoy, la Organización respondió a una profunda aspiración de los pueblos. La Carta de las Naciones Unidas proporcionó por fin a los gobiernos una base sólida para una seguridad colectiva eficaz.

Sesenta años después tenemos más motivos que nunca para permanecer fieles a los ideales de la Carta. La conclusión de la descolonización puso a todos los pueblos en pie de igualdad. El fin del conflicto entre el Este y el Oeste, que durante mucho tiempo paralizó a nuestra Organización, dio comienzo a una nueva era. En todo el mundo, los derechos humanos, la democracia y

el Estado de derecho son reconocidos como las piedras angulares necesarias para el florecimiento de las personas y las sociedades. Por ejemplo, durante los 15 últimos años, el progreso de la justicia internacional ha hecho al mundo menos seguro para los dictadores y para aquellos que vulneran los derechos humanos.

En ese nuevo contexto, Europa es un excelente ejemplo de cooperación entre los pueblos que otrora fueron enemigos. Una Europa ampliada, que mantiene una relación de confianza con Rusia, utiliza su influencia y su fortaleza para promover la paz y el equilibrio. Otros foros regionales también desempeñan un papel fundamental, y entre ellos la Unión Africana ocupa un lugar de primer plano.

El mundo ha cambiado. Las amenazas extremas de la guerra fría se han contenido. Han surgido las nuevas amenazas cada vez mayores que plantean el terrorismo, la proliferación de las armas de destrucción en masa, la pobreza generalizada —que sigue afectando a demasiados países—, las grandes pandemias, los ataques al medio ambiente y la delincuencia organizada. Todas estas amenazas se han convertido en motivos de gran preocupación para la población, y se suman a los conflictos no resueltos, las tensiones regionales y las perturbaciones internas persistentes.

Si realmente queremos seguir siendo fieles a la memoria de las víctimas y los héroes de la segunda guerra mundial, debemos dedicar todas nuestras energías a conseguir los ideales de la Carta de las Naciones Unidas. No hay otra respuesta realista a las amenazas nuevas y antiguas al comienzo del siglo XXI que la de actuar en un contexto multilateral. Por ello es tan importante trabajar para modernizar la Organización. La cumbre de septiembre será una oportunidad histórica para promover el desarrollo, la seguridad y los derechos humanos, proporcionando así la respuesta que esperan nuestros pueblos a las amenazas nuevas y antiguas. Será una oportunidad única para modernizar la Organización. Por consiguiente, nos corresponde cumplir las promesas que hace 60 años, en medio de los escombros del más horroroso de los conflictos, suscitaban la esperanza entre los pueblos del mundo.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el representante de Nigeria, quien hablará en nombre del Grupo de Estados de África.

**Sr. Wali** (Nigeria) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: El Grupo de Estados de África se suma a otras delegaciones para felicitarlo por haber convocado esta

sesión plenaria extraordinaria y solemne como parte de las actividades para conmemorar el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial. Esta ocasión exige una reflexión seria y una gratitud profunda a quienes hicieron el sacrificio máximo, y exige también la reconciliación con todas las víctimas de ese oscuro capítulo de la historia de la humanidad.

Hace 60 años, el 8 de marzo de 1945, terminó en Europa la segunda guerra mundial. El fin de esa terrible calamidad no sólo suscitó esperanza entre las personas por el retorno de los prisioneros, los deportados y los refugiados, sino que, además, despertó el deseo de construir una Europa mejor y un mundo mejor, más justo y más seguro. La segunda guerra mundial no sólo fue un acontecimiento histórico de primer orden, sino que, además, marcó un hito para la humanidad en nuestra época.

Hoy, al celebrarse 60 años del triunfo del bien sobre el mal, y al rendir homenaje a la memoria de los hombres, mujeres y niños valientes y valerosos —entre ellos los africanos procedentes de países que aún no se habían creado, cuyos sacrificios hicieron de la victoria una realidad, de la paz una posibilidad y de nuestra libertad una seguridad— debemos recordar que nuestra responsabilidad colectiva es garantizar que la tragedia que azotó al mundo entre 1939 y 1945 no vuelva a ocurrir. Debemos seguir estando alerta.

Los recuerdos de la guerra no deben atenuarse, sino que deben convertirse en una dura lección para nuestras generaciones y para las generaciones que aún no han nacido. Para ello, debemos guardar en nuestra memoria todo lo que ocurrió durante esos horribles años; es nuestro deber. Nuestra Organización nació de las cenizas de la segunda guerra mundial para preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra y reafirmar la fe en los derechos humanos fundamentales y en la dignidad y el valor de la persona humana. Debemos comprometernos una vez más a fortalecer nuestra Organización, a darle todas las facultades que requiere para cumplir esos nobles objetivos. Para ello, el Grupo de Estados de África expresa su determinación de seguir trabajando, en cooperación fructífera y de consuno con otros, para garantizar que nuestra Organización mundial esté suficientemente fortalecida para mantener la paz y la seguridad internacionales y promover el desarrollo y el respeto de los derechos y la dignidad de todas las personas, como se prevé en las propuestas de reforma presentadas por el Secretario General.

Sesenta años después del fin de la segunda guerra mundial, el mundo ha seguido presenciando actos de odio y discriminación basados en diferencias religiosas, políticas, raciales, étnicas, sociales o culturales. Aunque el mundo no ha visto nada de la magnitud de los acontecimientos de la segunda guerra mundial, es triste observar que la cultura del odio ha persistido y ha sido la causa de muchos conflictos en todo el mundo, entre ellos los trágicos acontecimientos en Camboya, Rwanda y Yugoslavia. Observamos con horror cómo se desarrollaban esos terribles episodios, como si no hubiésemos aprendido nada de 1945. El mundo también ha presenciado el aumento y la sofisticación de los actos de terrorismo, cuyo nivel no tiene precedentes. Diariamente, el peligroso mundo en que vivimos nos es recordado por las imágenes de los cuerpos mutilados y los automóviles y edificios destruidos por las actividades terroristas perpetuadas en varias partes del mundo por quienes han dejado de valorar la vida humana. La comunidad internacional no debe dejarse amilanar ni intimidar por esos asaltos descarados a nuestra psique colectiva.

Como comunidad de naciones que enfrenta amenazas y desafíos nuevos, debemos reafirmarnos en una nueva visión para la humanidad. Debemos avanzar con audacia para garantizar que los principios fundadores consagrados en la Carta de las Naciones Unidas —que comprometen a todos los Estados Miembros a proteger la vida y la dignidad humanas y a garantizar el respeto de los derechos y libertades humanos como cimiento para la paz, la seguridad y el desarrollo— no se conviertan en una mera expresión de propósitos. El Grupo de Estados de África está comprometido con los ideales de las Naciones Unidas y aprovecha esta ocasión para reafirmar la importancia que asignan los miembros del Grupo a las Naciones Unidas y a sus principios, tal como están consagrados en la Carta. El Grupo espera que esta sesión plenaria extraordinaria nos permita extraer enseñanzas del pasado que nos sirvan de guía para el futuro.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene ahora la palabra el representante del Japón.

**Sr. Oshima** (Japón) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: Valoramos el hecho de que haya convocado usted esta sesión extraordinaria para conmemorar el sexagésimo aniversario del fin de la segunda guerra mundial. El Japón se suma a otros Estados Miembros para rendir homenaje a todas las víctimas de la segunda guerra mundial. Es esta una ocasión solemne para

reflexionar sobre las enseñanzas extraídas de la guerra, así como sobre la senda de cooperación y entendimiento internacionales que se ha recorrido durante los pasados 60 años de vida de las Naciones Unidas. También debe ser una ocasión para que renovemos nuestra decisión de fortalecer nuestros esfuerzos comunes en pro de la paz en el mundo en el siglo XXI.

Los dirigentes de muchas naciones están reunidos hoy en Moscú en una ceremonia, adoptando el espíritu de la conmemoración y la reconciliación, el mismo espíritu en que se ha organizado esta sesión extraordinaria de la Asamblea General. El Primer Ministro del Japón, Sr. Junichiro Koizumi, está entre los dirigentes que asisten a esa ceremonia.

En dos ocasiones en la primera mitad del siglo XX, el mundo sufrió los horrores inefables de la guerra, y la humanidad experimentó sufrimientos, miseria y dolor incalculables. Ello no debe repetirse. Los errores cometidos en nuestra historia deben recordarse. Debemos aprender de ellos y tomar la decisión de nunca permitir que se repitan. Sólo aprendiendo del pasado puede la humanidad progresar en el futuro.

El Japón ha cometido sus propios errores en su historia reciente. El Primer Ministro Koizumi afirmó hace poco, con ocasión de la cumbre asiático-africana celebrada en Indonesia el mes pasado, que

“En el pasado, el Japón, por medio de su dominio colonial y su agresión, provocó enormes daños y sufrimientos a los pueblos de muchos países, en particular de las naciones de Asia. El Japón enfrenta plenamente esos hechos históricos en un espíritu de humildad. Con un sentimiento de profundo remordimiento y sincera disculpa, desde el fin de la segunda guerra mundial el Japón se ha adherido de manera resuelta y constante al principio de resolver todos los problemas por medios pacíficos, sin recurrir al uso de la fuerza y sin convertirse en Potencia militar, sino en Potencia económica. El Japón reitera una vez más su decisión de contribuir también en el futuro a la paz y la prosperidad del mundo, y valora altamente la relación de confianza de que goza con todas las naciones.”

En ese espíritu, desde el fin de la guerra, el pueblo del Japón se ha esforzado por reconstruir el país como una nación libre, democrática y amante de la paz. Se han firmado acuerdos de paz y otros acuerdos internacionales con Estados otrora beligerantes, y las obligaciones

asumidas se han cumplido de manera total y sincera. Nuestro pueblo ha trabajado con denuedo para recuperarse de la devastación sufrida por el país y reconstruir nuestras instituciones y nuestra base industrial. En la primera etapa de esa reconstrucción nacional, nuestro pueblo y nuestra nación recibieron el apoyo y la asistencia generosas de la comunidad internacional. Recordamos eso y estamos sinceramente agradecidos.

Desde su ingreso en las Naciones Unidas en 1956, el Japón ha hecho esfuerzos diligentes para contribuir a los ideales y objetivos de la Organización, que van desde la asistencia humanitaria y para el desarrollo y la reconstrucción hasta el desarme, la limitación de armamentos, la solución de los conflictos y las operaciones de mantenimiento de la paz.

Esa ha sido, en parte, una forma de reciprocidad a la comunidad internacional, pero, más aún, es un reflejo del deseo real de mi país de dedicarse fielmente a la promoción de los ideales y objetivos consagrados en la Carta. Nos enorgullecemos de ese historial y continuaremos trabajando con todos los Estados Miembros de Asia y del mundo entero.

Las Naciones Unidas se crearon con la decisión de salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, y hoy día todas las naciones del mundo se adhieren a esta Organización, como institución universal, que trasciende los antecedentes políticos, económicos, geográficos e históricos. Hoy, 60 años después de la creación de esta Organización, el mundo ha cambiado drásticamente, y este órgano mundial debe modernizarse y reformarse en consecuencia para que encare con eficacia los problemas y retos del siglo XXI.

Este momento de recuerdo y reconciliación debe ser también un momento de decisión para asegurar que esta Organización universal, y el multilateralismo que ella encarna, mantengan la paz, la estabilidad y la prosperidad del mundo y sirvan a los intereses y al bienestar del mayor número posible de seres humanos. La decisión del Japón a esos efectos sigue siendo firme e inalterable.

**El Presidente** (*habla en francés*): Tiene la palabra el Observador Permanente del Estado Observador de la Santa Sede.

**El Arzobispo Migliore** (Santa Sede) (*habla en inglés*): Sr. Presidente: La Santa Sede agradece a usted y a los patrocinadores de la resolución 59/26 esta oportunidad de conmemorar oficialmente el sexagésimo

aniversario del fin de la segunda guerra mundial. No cabe duda de que ese fue un conflicto terrible y es conveniente y aleccionador recordar que fue la peor de una serie de catástrofes mundiales provocadas por el hombre que hicieron del siglo XX uno de los más amargos que la humanidad haya conocido jamás.

Mi delegación saluda la declaración por las Naciones Unidas, contenida en esa resolución, del 8 y el 9 de mayo como días del recuerdo y la reconciliación. Con toda razón, muchas voces nos advierten que no olvidemos, pero esas voces no culpan a las generaciones de hoy. En lugar de ello, exigen responsabilidad, una responsabilidad reforzada por el conocimiento de los errores del pasado, y habida cuenta de las catástrofes anteriores, esa responsabilidad nos exige hacer algunas observaciones.

En primer lugar, una de las causas de la segunda guerra mundial fue la exaltación del Estado y la raza, así como de la orgullosa autosuficiencia de la humanidad basada en la manipulación de la ciencia, la tecnología y la fuerza. El imperio del derecho dejó de ser un medio para la aplicación de la justicia, lo que nos enseña que cuando el hombre pierde la perspectiva de sus aspiraciones ilimitadas, se reduce rápidamente a sí mismo y reduce a otros a la condición de objeto, de número, e incluso de simple mercancía.

En segundo lugar, incluso si aceptáramos que, en algunas circunstancias, un uso limitado y estrictamente condicionado de la fuerza sería inevitable para cumplir con la responsabilidad de todos los Estados y de la comunidad internacional de proteger, debemos ser lo suficientemente realistas como para reconocer que las soluciones pacíficas son posibles y que no debe escatimarse esfuerzo alguno para lograrlas.

Desde hace mucho tiempo la humanidad ha venido reflexionando sobre la moralidad de la guerra y la conducta ética de los combatientes. En el informe del Secretario General titulado “Un concepto más amplio de la libertad” (A/59/2005) se insta al Consejo de Seguridad a aprobar una resolución sobre la legitimidad y la legalidad del uso de la fuerza. El reconocimiento del carácter trágico y devastador de la guerra y la responsabilidad común con respecto a los conflictos pasados y presentes nos obliga a preguntarnos no sólo si la guerra puede ser legal y legítima, sino, sobre todo, si se puede evitar. Por ello, los diferentes capítulos del informe del Secretario General deberían tratarse como un todo. La paz y la seguridad internacionales sólo se lograrán si la comunidad internacional respeta la vida y

la dignidad humanas y se compromete con el desarrollo social y económico de todos los países y de todos los hombres, mujeres y niños.

En tercer lugar, la segunda guerra mundial, como sucede con todas las guerras del siglo XX, ilustra cuán esenciales son las políticas de terminación de la guerra y la planificación operativa para el período posterior a la guerra, a fin de restaurar la justicia y la paz y de proteger. En el pasado, con toda lógica se prestó gran atención al *ius ad bellum*, a saber, las condiciones necesarias para justificar el uso de la fuerza, y al *ius in bello*, es decir, los parámetros jurídicos de conducta ética durante la guerra. Habida cuenta de la devastación material y moral provocada por la segunda guerra mundial y del carácter de la guerra desde entonces, ha llegado el momento de que nos centremos en una tercera dimensión del derecho bélico: el *ius post bellum*, es decir, en la forma de lograr con rapidez y efectividad el establecimiento de una paz justa y duradera, único objetivo admisible del uso de la fuerza.

En consecuencia, los instrumentos jurídicos internacionales vigentes que abarcan la conducta y las actividades posteriores a la guerra deben fortalecerse y ampliarse teniendo en cuenta nuestros tiempos en rápido proceso de cambio, así como los parámetros éticos creados por la conciencia y la sensibilidad modernas, como la reconciliación para ayudar a las partes interesadas a restaurar los lazos de amistad y buena vecindad, las medidas para garantizar la seguridad y la estabilización de las naciones que dejan atrás la guerra, la solidaridad internacional en el proceso de reconstrucción socioeconómica de la urdimbre de esas sociedades, la restauración del medio ambiente una vez terminados los enfrentamientos, y la primacía de la justicia a todos los niveles, ya que, si se ha empleado la fuerza en aras de la justicia, de seguro que la justicia debe influir en todos los aspectos del proceso de consolidación de la paz.

En cuarto lugar, en los últimos tiempos se ha hecho hincapié nuevamente en el papel de las Naciones Unidas en la consolidación de la paz. La Santa Sede comparte la preocupación del Secretario General en el sentido de que las Naciones Unidas deben encarar plenamente el reto de ayudar a los países en proceso de transición de la guerra a la paz duradera, y expresa una vez más su pleno apoyo a la creación de una comisión intergubernamental de consolidación de la paz.

Por lo tanto, esta conmemoración es un recordatorio —que acogemos con agrado— de la propia razón

de ser de las Naciones Unidas. Pese a que actualmente ejerce sus funciones en gran diversidad de esferas, esas actividades no deben distraernos del sine qua non de la existencia de la Organización, es decir, de la búsqueda de la paz entre las naciones.

**El Presidente** (*habla en francés*): Hemos escuchado al último orador inscrito en la lista de la sesión

extraordinaria y solemne en conmemoración de todas las víctimas de la segunda guerra mundial.

¿Puedo considerar que la Asamblea General desea concluir su examen del tema 158 del programa?

*Así queda acordado.*

*Se levanta la sesión a las 12.10 horas.*